



SERMON II.  
PARA LA FIESTA  
DE LA PURIFICACION.

ACERCA DE LAS DISPOSICIONES  
necesarias para consagrarse á Dios  
con una nueva vida.

*Postquam impleti sunt dies purgationis Mariae secundum legem Moysi, tulerunt Jesum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino.*

Habiendose cumplido el tiempo de la purificación de Maria, segun la Ley de Moysés, llevaron el Niño á Jerusalén para presentarle al Señor. *Luc. 2. v. 22.*

**N**O solamente vá Jesu-Christo hoy al Templo para cumplir con la Ley que mandaba consagrar al Señor todos los hijos Primogenitos, sino tambien para dar cumplimiento á la figura: no solo vá á sujetarse á un precepto que no se habia impuesto para él, sino tambien á manifestar los mysterios de una ceremonia, que solamente se ordenaba á él.

¿ Por qué mandaría, Católicos, el Señor, que se le

ofre-

ofreciesen los Primogenitos de los hombres, y de los animales, como para rescatar en esta ofrenda la vida y servidumbre de los demás? ¿ Por qué se reservaría en la ley de Moyses las primicias de los frutos de la tierra? ¿ No es igualmente dueño de todos nuestros bienes? ¿ Le es acaso menos debido el sacrificio de la tarde, que el de la mañana? ¿ Para qué serán estas figuras? Porque Jesu-Christo, Primogenito entre sus hermanos, debia algun dia ofrecerse para libertarlos de la condenacion de Adán; y tambien porque Jesu-Christo, fruto sublime de la tierra, como le llama un Profeta, debia ser presentado en el Templo, santificar con esta oblacion á toda la naturaleza, y restituir al hombre el derecho de usar de los bienes que ella produce, del que estaba privado por haber abusado de él injustamente.

Esto no era mas que una sombra de lo futuro, y por eso no cesaban los Profetas de anunciarnos, que el resplandor del antiguo Templo cederia á la Magestad del nuevo. Ya no baxan desde el cielo nubes de Gloria para cubrir el Santuario, sino que hoy llueven en él al Justo: ya no anuncia el Angel del Señor su voluntad á su pueblo desde lo íntimo del Propiciatorio, sino el mismo Señor del Templo viene en persona á instruir á los hombres en las eternas verdades de su salvacion: ya no vienen los Príncipes y Conquistadores profanos, atraídos de la fama y magestad de aquel santo lugar á adorar en él al Dios de los Exércitos, y á cargar sus Altares de magnificas ofrendas; sino el mismo Príncipe de la Paz, el Rey inmortal de los siglos, el Conquistador de Judá, revestido con los despojos de las naciones, viene á ofrecerlas todas á su Padre, como trofeo de su victoria: ya no sube con magestad el humo de los inciensos ácia el Trono Celestial, sino las Oraciones y súplicas de Jesu-Christo, las que siempre son oídas por causa de su excelencia: ya no corre sobre



bre el Altar la sangre de las víctimas, sino que en él se cumple anticipadamente la oblation sangrienta del Redentor de Israel: finalmente no es este un Primogenito á quien la Synagoga ofrece y rescata al mismo tiempo, como incapaz de purificarla de sus manchas, sino que es la misma Iglesia figurada en Maria, que vá á ofrecer su Cabeza, su Primogenito, las primicias de los que duermen en el Seno de Abraham, para quedar con esta santa oblation sin mancha y sin arruga, y como una pura Virgen, dispuesta para entrar con el Señor en el Santuario eterno para siempre.

Como esta es, pues, la primera señal pública de culto que Jesu-Christo dá á su Padre, sin duda quiere enseñarnos en ella las disposiciones con que se debe entrar para consagrarse á él con una nueva vida. Examinemos, pues, las principales circunstancias de este Misterio, y hallaremos en él un espíritu de Sacrificio en Jesu Christo que se ofrece á su Padre, y un espíritu de fidelidad en Maria que le ofrece. Estas son las dos disposiciones que hacen durable y sincera la conversion, y agradable á Dios la ofrenda de nuestros corazones; un espíritu de sacrificio, que quando se ofrece no reserva nada; y un espíritu de fidelidad, que en nada falte mientras le sirve. Imploremos, &c.  
*Ave Maria.*

### PRIMERA PARTE.

**E**L primer respeto que ofreció el Alma Santísima de Jesu-Christo quando entró en el mundo á la justicia y grandeza de su Padre, fue, dice el Apostol, una oblation de sí misma, y el Seno de Maria fue como el primer Templo en que por la primera vez se ofreció este holocausto. Pero en este Sacrificio invisible se hallaba todo el aparato de las ceremonias visibles: era preciso que la víctima estuviese sobre el Altar; que

que el precio con que se rescataba fuese llevado al Templo; que se pusiese en las manos del Pontifice de la Ley; que las santas y justas mugeres se hallasen en este nuevo calvario; que Maria Santísima estuviese presente al Sacrificio; que reluciese allí anticipadamente la espada de dolor que habia de atravesar su corazon: En una palabra, que allí todo delinease á la vista de su Padre las circunstancias de la Cruz, y la anticipada historia de aquel grande Sacrificio.

A la verdad, Católicos, que no habiendo aún llegado su hora, Jesu Christo solo se presenta hoy en el Templo para darse priesa mientras espera, á delinear en él los preludios y semejanzas de su cruento Sacrificio; y así como antes de unirse á nuestra naturaleza se deleytaba, dice Tertuliano, en manifestarse á los Patriarcas baxo una forma visible, como para satisfacer la impaciencia de su amor con estos símbolos y ensayos de su Encarnacion; del mismo modo antes de espirar en la Cruz, se deleyta en ofrecer á su Padre unas anticipadas representaciones de aquel gran sacrificio, como para contentar anticipadamente el deseo que le oprime de ser bautizado con aquel bautismo de sangre, y de gloriarse con su muerte.

Pero aunque no se vea aquí mas que una imagen del calvario, no por eso es menos real la oblation dice San Bernardo, y esta es la primera condicion que me propondré por modelo: la realidad de la ofrenda. Los demás Primogenitos, á quienes ponian en las manos del Pontifice, se presentaban en el Templo, mas para ser rescatados, que para ser consagrados al Señor. Esta ofrenda solo era simulada y aparente: Víctimas de pura ceremonia, que nunca morian en el Altar, pues reemplazadas inmediatamente por un vil animal, solo conservan en sí la exterioridad y aparato del Sacrificio.



Pero Jesu-Christo entrando hoy en el Templo, puesto en las manos del Pontifice, y colocado sobre el Altar, dice á su Padre: Vedme aqui; las hostias de la Ley no eran dignas de vuestra Magestad, pero Vos me formasteis un cuerpo, y la Ley de muerte que contra mí habeis pronunciado, es el mas ardiente deseo de mi corazon. Desde entonces acepta y padece anticipadamente quanto ha de padecer despues por su Padre. Ya se le presentan todos los trabajos futuros de su ministerio; las humillaciones de su vida oculta en Nazareth; las penosas carreras de su vida pública; la inutilidad de sus prodigios y doctrina; las calumnias de los Sacerdotes y Fariseos, y todas las circunstancias del infame suplicio; ya vé en el Templo el lugar de donde se ha de sacar el precio de su muerte; ya descubre entre la multitud de Sacerdotes que cercan el Altar, á los padres de aquellos que se sentarán algun dia para juzgarle como á reo; llevado por las calles de Jerusalem en los brazos de Maria, está ya oyendo á aquel pueblo sedicioso que pide su muerte con terribles gritos; ya vé el fatal camino en donde quedarán impresas sus sangrientas pisadas, y por donde, cargado con la Cruz, y cubierto de espinas, ha de subir al calvario, y aunque no está aun entregado á sus enemigos, empieza su amor, el Sacrificio que el furor de éstos ha de acabar en la Cruz.

*Primera instruccion.* Sin duda que Dios pudiera pedirnos el Sacrificio de nuestra vida, pues todo pecador es indigno de vivir, y desde el instante que nos hacemos hijos del pecado, nos hacemos tambien hijos de muerte. Pero su clemencia conmutó esta pena, y el continuo sacrificio de los sentidos, es la ley de muerte impuesta á todos los Fieles. Esta es la ley que hemos aceptado todos en el Sagrado Bautismo, quando nos ofrecieron al Señor en el Templo: esta es la hostia que se nos manda ofrecer por nosotros, para

li-

libertarnos de la comun maldicion, y adquirir el derecho de ser asociados al pueblo de Dios: este es el martyrio de la fe que todos hemos ofrecido: Este martyrio, dice San Cypriano, no espera á los Tyranos ni á los suplicios, porque halla en la tranquilidad del culto, y en las continuas violencias que hace á las pasiones, una paz mucho mas amarga y dolorosa que el terror de sus persecuciones y tormentos: este es el gran testimonio que todos debemos dar á la fe Christiana, confesando la verdad de sus promesas con el continuo sacrificio que la hacemos de nuestros sentidos y de nuestras pasiones; y en este sentido qualquiera Christiano es su testigo, esto es, Martyr de Jesu-Christo. *Eritis mihi testes.* (a)

Esta, Católicos, es la vida Christiana, una vida en que todo se renuncia, y se sacrifica. No obstante, el consagrarse á Dios en la mayor parte de las almas, que arrepentidas de sus pasados desordenes quieren servirle, no consiste mas que en manifestar algunas exterioridades religiosas, contraer amistades mas santas, no huir la comunicacion de los justos, separarse algunas veces del mundo para respirar con mas tranquilidad en el retiro, no avergonzarse de las obras públicas de misericordia, escoger un Director espiritual, y no vivir olvidados enteramente de los Sacramentos. Pero si no sois menos ambiciosos, menos terrenos, menos sensuales, menos delicados, menos envidiosos, ni menos vanos, os ofreceis al Señor como primogenitos de Israel, esto es, os poneis entre las manos del Pontifice, os presentais al pie de los Altares, pero no sois de la suerte del Señor; no haceis mas que ofrecer por vosotros un vil animal, obras exteriores, y apariencias de religion; supo-

neis

(a) *Act. I. v. 8.*  
Tom. II.



neis que Dios se contenta con esto, y que en lugar de vuestro corazon y de vosotros mismos aceptará una ofrenda estraña.

No obstante: la mayor parte de las conversiones, particularmente entre los Cortesanos, son de esta especie, subsisten con todas las pasiones, y aunque estas no son tan manifiestas, no por eso dejan de ser menos verdaderas. Entregaronse al Señor, pero no por eso se han separado de los mas viles y peligrosos cuidados de la fortuna. Las envidias, los rencores, las concurrencias, las conexiones humanas no hacen menos impresion en nosotros. La estimacion, la amistad de los Grandes, las distinciones públicas, los aplausos de los hombres, y sobre todo el favor del Soberano nada han perdido de su valor en nuestro corazon, y acaso ocupan el principal lugar en el plan de nuestra nueva vida. Entregaronse al Señor, pero hicieron de la piedad una vida suave y tranquila, libre solamente de los cuidados é inquietudes de las grandes pasiones: una simple indiferencia en orden á las inquietudes anexas á los placeres, en lo que mas hay de pereza que de virtud: una vida reducida á ciertas ocupaciones, que aunque á la verdad son inocentes, son al mismo tiempo faciles y gustosas: una vida por otra parte natural, y muchas veces ociosa, en la que solo se niegan á los sentidos los excesos mas torpes, y en la que muchas veces el vivir mas separado del tumulto, y de los grandes placeres, solo sirve de dejar mas tiempo desocupado para cuidar de las comodidades del cuerpo y de la salud: se entregaron al Señor; pero aunque hayan conocido los desordenes de una conexion ilícita, aún no han roto el lazo fatal que la conservaba; cultivan aún las tristes reliquias de una pasión que creen estar apagada, porque se acabaron los excesos: gustan aún de vér aquellos objetos y aquellos lugares en que tantas veces perecieron: semejantes á Rachel, no tributan honores pú-

blicos á sus idolos, pero no acaban de resolverse á separarse de ellos, ni á perderlos de vista. En una palabra; se entregan al Señor, pero todo quanto les agradaba antes, todavia los agrada: no se han sacrificado: se han contentado con quitar la piel á la víctima, con mudar el exterior, con despojarse de un exterior lascivo y profano, pero no han tocado á lo demás: no han despedazado la víctima como mandaba la Ley, y la espada de la fé no ha hecho separacion alguna dolorosa: *Detractaque pelle hostia artus in frustra concident.* (a)

Entretanto, perseverando en el uso de las cosas santas, viviendo esentos de los grandes delitos, siguiendo casi los mismos caminos que los justos, falta poco para tenerse por justos como ellos. Y en estos sujetos no es hipocresia, sino que permanecen en el error con buena fé. En el principio, en los primeros tiempos de la conversion, mas atemorizados entonces con la memoria aún reciente de nuestros desordenes, y de las satisfacciones de penitencia de que eramos deudores á la Divina Justicia, conociamos que nada habiamos hecho por Dios, nos avergonzabamos aún de llamarnos siervos de Jesu-Christo; y quando el mundo, demasiado pronto muchas veces para dar nombre de virtud y santidad á las mas leves mudanzas de vida no nos conocia bien, nosotros no nos engañabamos á nosotros mismos. Pero insensiblemente nos hemos ido familiarizando con este estado; las exterioridades de justicia nos han ocultado nuestra verdadera miseria: las alabanzas que daban los hombres á nuestra aparente virtud, nos han persuadido á que era verdadera; y que nos pedia mas el Señor. A fuerza de mirarnos con ojos agenos, hemos conseguido el tener-

(a) *Levit. 1. v. 6.*



nos por lo que no somos, y sin haber hecho jamás á Dios un sacrificio real, y doloroso de nuestros sentidos, de nuestras inclinaciones, de nuestras esperanzas, de nuestras comodidades, de nuestras antipatías, de nuestros secretos rencores, de nuestra soberbia y ambicion creemos habernos consagrado al Señor, haber renunciado al mundo, y hecho el sacrificio que Dios nos pedía.

La piedad pues, Católicos, no es mas que el sacrificio de nuestro corazon; pero no basta el que la ofrenda sea real y verdadera, es tambien necesario que sea universal. *Segunda condicion.* Jesu-Christo, dice San Bernardo, sacrifica hoy á su Padre todos sus titulos; toda su gloria, y aún su misma inocencia; nada se reserva, para enseñarnos, dice este Santo Padre, que en la integridad del Sacrificio consiste regularmente todo su merito: *Offerentes illi utique quod sumus nosmetipsi.*

Es verdad que algunos quieren seriamente volverse á Dios, y empezar una nueva vida, pero no quieren hacer de repente un divorcio universal con el mundo; se figuran que si quisieran emprenderlo todo desde el principio, no harían nada; que es necesario irse venciendo poco á poco en ciertos puntos antes de llegar á otros; que en los principios no reprueba el Señor el que se concedan muchas cosas á la flaqueza; que es necesario ensayarse en los enemigos mas debiles para acometer con mas felicidad á los mas fuertes; y que David antes de atreverse á pelear con Goliath habia ya vencido Leones y Osos.

De este modo se moderan en el juego excesivo, pero no se atreven á privarse aún de los demás deleites; rompen una amistad culpable, pero no quieren al principio abandonar los espectáculos, las conversaciones peligrosas, las conexiones sospechosas é inútiles, y el excesivo cuidado de los adornos; se dicen á sí mismos, que

que cada cosa tendrá su tiempo, que es necesario que el mundo se vaya acostumbrando insensiblemente á su mudanza de vida, é irsela ellos tambien facilitando; temen apresurarse demasiado, y bautizan su flaqueza con el nombre de prudencia; pero unos principios gobernados de este modo nunca son felices, ni hacen grandes progresos. No sucede en la conversion lo que en las demás obras de los hombres; quando no es entera, no es conversion; y en faltando un solo punto, falta todo; en el alma todas las pasiones se reducen á una; y es superfluo el acometerlas separadamente, porque esto no es mas que cortar las cabezas de la hidra, que vuelven á renacer, y la gracia con nadie divide la victoria.

Es verdad que la piedad tiene sus grados, que cada dia se vá perfeccionando, y que se necesita el trabajo de quarenta años para levantar y perfeccionar los muros y el Templo de la Jerusalén Santa, figura del alma fiel. Pero el mundo, y quanto mal en él se encierra, debe desde el principio ser destruido en nuestro corazon; todo lo que es incompatible con la vida christiana debe cesar de repente, y luego que el Señor hace resonar su voz en el corazon debe caer toda entera á sus pies la pecadora Jericó, y no conservar de lo que antes era mas que sus ruinas y reliquias.

Y á la verdad, Católicos, que viniendo hoy Jesu-Christo para ofrecerse á su Padre á los pies del Altar, podia sin duda, como dueño que era del Templo, manifestar en él algun rayo de su gloria y de su poder, como quando arrojó á los que le profanaban; pero su amor se ofende con qualquiera division. Es el Eterno Pontifice de una nueva alianza; él solo tiene derecho para entrar en el verdadero Santuario, y sacrifica esta augusta qualidad viniendo á comprar el derecho de entrar en este Templo figurativo; es el Red-



dentor de Sion, y es rescatado como una víctima común; es el Legislador de los pueblos, y viene á sujetarse á una Ley, cuyo cumplimiento es él mismo. Finalmente, es el Libertador tantas veces prometido, y no reusa el ser rescatado de la comun servidumbre con la ofrenda de un vil animal; hace á su Padre un universal Sacrificio de todos los títulos con que su mismo Padre le adornó.

Pero esto es particularmente en lo que rara vez dejamos de reservar alguna cosa, no haciendo al Señor un sacrificio sincero de todas las vanas distinciones que nos ensalzan á la vista de los hombres. Aun quando desengañados del mundo nos apartamos de los excesos de las pasiones, no nos apartamos de la vanidad, ni de la ostentacion de nuestra clase y nacimiento, y queremos, si es licito decirlo así, que nuestros títulos tengan tambien parte en lo que hacemos por el Señor; si se consagran algunos dones á los Templos, se ha de immortalizar la memoria con las soberbias señales del nombre y de las dignidades; si se fabrican asilos de misericordia, vienen á ser estas casas monumentos públicos de la grandeza de sus bienhechores, y casi siempre lo primero que se vé en estas obras santas son las señales de la vanidad. Está es la flaqueza, particularmente de los grandes: los sacrificios ocultos no agradan: las obras de religion que nos confunden con el pueblo nunca nos gustan; es necesario que quanto hacemos para el cielo lleve el carácter de lo que somos en la tierra; nos exercitamos en obras de misericordia pero queremos en ellas los primeros honores; nos humillamos hasta exercitar los ministerios mas viles de la caridad, pero nos humillamos con fausto, y aún en este mismo abatimiento damos á conocer que somos grandes; concurrimos á los lugares ocultos consagrados á los humildes exercicios de la misericordia, pero en ellos nos damos á conocer con distinciones de vanidad, y

parece que no queremos arriesgar el humillarnos, sin que esté ya preparada la recompensa en los elogios.

Yá no se conoce aquella ingeniosa humildad de que nos han dejado tantos exemplos los Santos distinguidos en el mundo; Qué gozo experimentaban quando pudiendo ocultarse á la vista del público, y despojarse por algun tiempo del peso de su grandeza, iban incognitos, ó á aliviar á sus proximos, ó á exponerse á los oprobrios, ó á honrar al Señor en alguna secreta obra de religion; De qué santas industrias se valían para hallar estos felices momentos! Entonces era quando se tenían por verdaderamente grandes. En estos instantes de humillacion se miraban á sí mismos con una santa complacencia, porque hallaban en sí las señales mas parecidas á su divino Maestro, despojado hoy de todos sus títulos en presencia de la grandeza de su Padre, y confundido con una vergonzosa ceremonia con los demás hijos de Israél. Entonces era quando hallandose como aliviados del peso de su elevacion, caminaban con mas fervor y ligereza por los caminos de la justicia: y entonces, finalmente, era quando el Señor se les comunicaba con mayor abundancia, y gustaban unas dulzuras que no puede comprehender el corazon humano. Por eso luego que Moysés se despojó del pomposo título de hijo de la hija de Pharaon, y fue al desierto como un hombre obscuro y desconocido á guardar los ganados de Jethro, se le manifiesta el Señor en la zarza, y derrama en su alma unos consuelos inefables que le recompensan excesivamente de toda la pompa de Egypto, que acababa de sacrificar á el oprobrio en que habia de verse Jesu-Christo.

Pero no solamente sacrifica hoy Jesu-Christo á su Padre toda la gloria de sus títulos, sino que, para que nada falte á la integridad del sacrificio le hace hasta de su misma inocencia. Se presenta en el Templo como un pecador; es rescatado en él como un esclavo é hijo



de ira; lleva sobre sí toda la vergüenza del pecado de que está esento; y nosotros en los sacrificios que Dios nos pide siempre queremos salvar una vana reputacion de la inocencia y rectitud que hemos perdido.

Temeis el que si restituís los bienes mal adquiridos hareis públicas vuestras ocultas injusticias; pero os engañais si estais persuadidos á que hasta ahora ha estado intacta vuestra reputacion en este punto; yá há mucho tiempo que se dice publicamente en el mundo, que esos ricos equipages, esos soberbios edificios, esa opulencia domestica son los bienes de la viuda y del huérfano; que habeis levantado vuestra fortuna sobre la miseria pública; y que no puede ser inocente una prosperidad tan pronta. El mismo mundo se ofende de vuestras profusiones, y os mira con un genero de indignacion y desprecio; y así, lejos de peligrar vuestra reputacion con los procedimientos públicos de arrepentimiento, no os queda mas que este solo camino para recobrar la que habeis perdido. Decis que si rompeis de una vez tal comunicacion, el ruido hará pensar que no era inocente; pero yá há mucho tiempo que murmura el público de esa continuacion, que creéis se ignora; estais persuadidos á que es secreta, y es un escandalo; los justos gimen; el mundo en vez de interpretarla favorablemente, pasa acaso aún mas allá de la verdad, porque sus engaños en esta materia mas son porque presume malicia, que bondad; y el rompimiento repentino no es para vosotros un ruido que debéis temer, sino un paso tan necesario para vuestro honor, como para vuestra salvacion: Os parecéis á Saúl que pedía á Samuel respetos y honores públicos, que conservasen su gloria y su reputacion en el espíritu del pueblo, quando sus infidelidades eran yá tan conocidas en todo Israel. Además de que quando se trata de obedecer á la Ley de Dios, no se deben temer las acciones mas humildes, siendo estas indispensables para nuestra salvacion.

Finalmente, Católicos, la ofrenda de Jesu-Christo es una ofrenda enteramente voluntaria, que es la ultima condicion. Es una obra de supererogacion, digamoslo así, que no halla sus motivos en la obligacion de la ley, sino solo en el amor del que la ofrece, y la obra de la salvacion de los hombres, de que le había encargado su Padre, podia consumarse sin que añadiese á los oprobrios y trabajos futuros de su ministerio la vergüenza de este primer paso.

Pero queria cumplir toda la justicia, y enseñarnos que una alma, que separandose de los desordenes del mundo se consagra á Dios, no puede al principio negarse á sí misma los santos excesos; no cuida de entrar en cuentas con su Señor, para saber justamente lo que le debe; nada le parece excesivo en su dolor, y en la viveza de su arrepentimiento; y en vez de que la tibieza de su zelo, espere siempre la inevitable obligacion del precepto para obrar, ella misma se forma una ley de quanto la inspira un zelo santo.

Pero donde está, Católicos, esta especie de almas? Quando movidos de la gracia queremos volvernos á Dios, el primer cuidado es buscar entre todas las máximas para servirle la mas suave, y la que menos molesta al amor propio; lejos de abrazar rigores superabundantes, lo primero que se examina es hasta donde puede llegar la condescendencia, para contenerse dentro de estos peligrosos limites. Desde el principio se forma un plan de virtudes, en que tiene casi tanta parte el mundo como el Evangelio: lejos de proponerse por modelos á los mas justos, se declara desde luego no querer llevar las cosas al extremo como ellos: no queremos hacernos ridiculos por la singularidad, ni dar en el extremo de una piedad excesiva: en vez de buscar en sus exemplos lo que se debe imitar, solo se busca en ellos lo que se debe huir, y queremos ser de Dios empezando por condenar á los que le sirven. De este modo solo



se dá á Dios lo que no se le puede negar, y se trata con su Magestad, no como con un Padre irritado á quien se intenta aplacar, sino como con un enemigo á quien se cede con pesar lo que es preciso concederle.

¡Sí, Católicos, muy poco amamos á Dios quando podemos señalar nos á nosotros mismos la medida con que le hemos de amar: muy poco nos mueven nuestros delitos quando podemos buscar al principio mitigaciones á nuestra penitencia. ¡Qué sospechosa es la conversión quando se empieza poniendola límites! ¡Qué poco mudado está el corazón quando aún hay tiempo para contar los primeros pasos de su mudanza! Los principios de la penitencia no pueden ser tan tibios y mesurados: no pudiendo entonces el corazón casi sufrir las primeras impresiones del Dios que le llena, solo busca modo de aliviar su dolor: nunca le parece que las lágrimas corren con bastante abundancia, y la compunción mas viva no le parece suficiente. ¡Qué inquietudes no ocasiona la gracia en el alma de un verdadero penitente acerca del deplorable estado en que ha vivido! ¡En qué santa indignación no le hace prorumpir contra las disoluciones de sus primeras costumbres, y el escándalo de su vida pasada! ¡Qué razones no se le ofrecen para respondernos, quando queremos moderar los excesos de su zelo, y consolar la amargura de su dolor! ¡Qué temor de no hallar en Dios todo aquel perdón que nos prometemos! ¡Qué deseo de reparar el tiempo perdido en los errores del siglo, de aprovecharse de la vida que le resta, y de no perder de vista el inestimable beneficio con que acaba de ser llamado al conocimiento y al amor de la verdad! ¡Qué santa envidia á los que tuvieron la felicidad de darse á Dios antes que él! ¡Y qué triste cosa le parece el haber amado tan tarde al que solo es digno de nuestro amor! ¡Qué zelo de vengar en su carne las iniquidades con que se habia manchado, y de hacer servir á la justificación los

miembros que habian servido al pecado!

Estas, Católicos, son las conversiones que en lo sucesivo no se vén aflojar ni retroceder. Pero aquel joven del Evangelio, que llamado por Jesu-Christo, empieza á disputar si está obligado á renunciarlo todo por seguirle: aquel otro, que entregandose al Señor, quiere aún reservarse el derecho de ir á despedirse de su padre; todas estas conversiones mitigadas é imperfectas, todos estos sacrificios en que se empieza mezclando la miel contra el precepto de la ley, son despreciados del Señor, y para que sean dignos de su vista es necesario que la realidad del Sacrificio santifique la ofrenda, que la integridad la perfeccione, y finalmente el fervor y superabundancia del zelo la consume, y haga que suba en olor de suavidad hasta el trono de la Magestad Santa. Esta es la ley del sacrificio. *Hæc est Lex sacrificii.* (a) Pero si las conversiones son poco sinceras por defecto de estas condiciones, tambien son poco durables por falta de fidelidad: y en esto vamos á ser instruidos con el exemplo de Maria.

## SEGUNDA PARTE.

LAS mas frecuentes infidelidades en que incurrimos en la práctica de los medios para la salvación que Dios nos ordena, nacen de una prudencia de la carne, siempre ingeniosa para hallar inconvenientes en los fines que tiene la gracia para con nuestra alma; ó de una soberbia y secreta complacencia que aun en los mismos dones del Espíritu Santo halla el escollo de la virtud; ó finalmente de una peligrosa cobardia, que viendo los males de que está

(a) *Levit. 6. v. 14.*